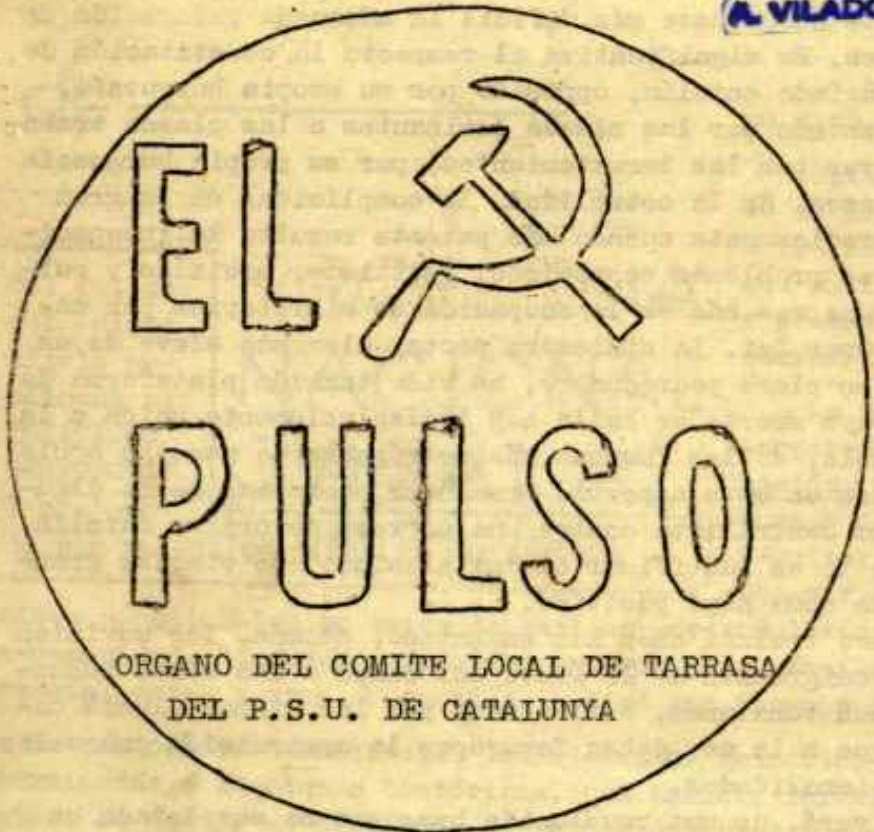


CEDOC  
FONS  
A. VILADOT



**SUMARIO :**

- Presentación, página 1
- El problema nacional catalán  
Iª part: Antecedents històrics, página 3
- Lenin y la cuestión nacional, por Pero Lluís, página 6
- La lucha del proletariado por la dirección del movimiento nacional, de Santiago Carrillo, página 9
- El problema nacional: la experiencia de la II República, la política del actual Régimen, un planteamiento de posibles soluciones para el problema nacional, página 24

NUMERO EXTRAORDINARIO CON OCASION DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1.970

EL

PROBLEMA

NACIONAL

PRESENTACION

El problema nacional constituyó un importante factor en la lucha por una España democrática; un elemento decisivo, que no se puede olvidar, y que, por la complejidad de sus antecedentes históricos y de sus actuales manifestaciones en el seno del pueblo, se aborda a menudo de un modo erróneo o parcial.

Con la toma del poder político por el gobierno ilegal del general Franco, se intentó suprimir de raíz este problema; se prohibió el uso de las lenguas nacionales catalana, vasca y gallega, y se eliminaron todas las instituciones políticas y culturales de las naciones hispánicas, avaladas por un pasado histórico que determinaba su peculiaridad. La opresión de los pueblos hispánicos por el poder central se ejerció, por otra parte, con el consentimiento y con la complicidad directa de la gran burguesía catalana y vasca, parte integrante de la oligarquía monopolista, una burguesía que en otras épocas y circunstancias había escrito el tema de la "peculiaridad" como moneda de cambio en su rivalidad

nómica con la oligarquía terrateniente que detentaba el poder político. Como se verá en los textos que hemos recogido, este hecho hace más difícil la adecuada valoración de la lucha por las libertades nacionales. Es significativa al respecto la constatación de S. Carrillo al afirmar que el proletariado catalán, oprimido por su propia burguesía, aliada con el poder central, es enfrentado por las clases dominantes a las clases trabajadoras castellanas, oprimidas a la vez por los terratenientes, por su propia burguesía y por la gran burguesía catalana y vasca. En la actualidad, la complicidad de la gran burguesía catalana con el régimen (precisamente cuando más patente resulta la incapacidad del mismo para resolver los graves problemas económicos, políticos, sociales y culturales del país) se ha manifestado una vez más en la ocupación de ministerios por catalanes, relacionados además con el Opus Dei. La siniestra secta, elemento clave de un sector de la oligarquía, dividida y en plena podredumbre, ha sido también plataforma de la burguesía oligárquica catalana, cuya suerte se halla hoy indisolublemente unida a la suerte de la Contrarrevolución española, de las fuerzas más retrógradas de nuestra sociedad. No caben ya matizaciones ni dudas en este aspecto. Presentar, como han hecho algunos, el caso Matesa como una maniobra centralista contra una empresa de origen catalán es algo sencillamente ridículo; como lo es justificar el "catalanismo" de ciertas grandes empresas monopolistas y valorarlo como algo positivo.

Otro hecho importante: durante esos treinta años han aumentado, además, los movimientos de población (principalmente la emigración de la gente del campo a las zonas industrializadas), movimientos que producen tensiones, estimuladas por las mismas clases dominantes en beneficio propio, pero que a la vez deben favorecer la comprensión entre las clases oprimidas de las diversas nacionalidades.

Los problemas derivados, como se verá, de una revolución burguesa no completada en la península, desembocaron en la actual situación, en que la opresión nacional y el enmascaramiento del problema han alcanzado su máxima agudeza. Pero al propio tiempo, después de treinta años de dictadura, y como consecuencia de la dureza de la lucha, existe hoy una discusión abierta entre las nuevas generaciones que aspiran a la conquista definitiva de la democracia política y económica. De ahí la valoración adecuada de la experiencia de la II República en el campo de la cuestión nacional, y el deseo, sentido hoy más que nunca, de dar al problema nacional una solución acorde con las aspiraciones democráticas de todos los pueblos hispánicos.

El derecho a la autodeterminación de los pueblos preside la actitud de nuestro Partido en esta cuestión. Se trata de una actitud totalmente dispuesta a acatar la voluntad de las mayorías, es decir, de las fuerzas interesadas en la lucha por una España democrática. Tras esta actitud está el convencimiento de que sólo bajo el socialismo es posible la salvaguarda y la sana vigorización de las auténticas libertades nacionales, precisamente por desaparecer las tensiones entre Estados y la opresión nacional y colonial, inherentes al concepto burgués de "nación".

Los textos recogidos en este número extraordinario de "EL FULSO" pretenden dar una visión amplia del problema nacional. Un texto importante es, en este sentido, el de Santiago Carrillo. Se trata de una intervención del Secretario General del P.C. de España en una sesión plenaria del P.S.U. de Cataluña celebrada en 1958. Esta intervención, que no ha perdido actualidad, la reproducimos (con escasas supresiones) de la revista "Nous Horitzons", nº 2, Ciudad de México, 1962, donde aparece publicada en catalán. Hemos tenido pues que retraducirla a la lengua en que fue pronunciada.

La recopilación contiene además fragmentos del importante libro "El problema nacional català (1ª part, Antecedents històrics)", redactado por un equipo bajo la dirección de Pere Ardiaca y publicado por Editorial "Horitzons" en 1961. Nos ha parecido interesante, asimismo, resumir la actitud de Lenin ante la cuestión nacional, basándonos en textos escritos entre 1914 y 1917. Finalmente, reproducimos fragmentos del libro "Un futuro para España" ("Colección Ebro", París, 1967).

La intención del trabajo es sobre todo suministrar un material de estudio y discusión colectiva, más que de simple lectura, a comunistas y demócratas en general.

de \_\_\_\_\_

" EL

# PROBLEMA NACIONAL CATALA "

Del folleto del mismo título publicado por "EDICIONS HORIZONS" Y elaborado por un equipo dirigido por ARDIACA

La categoría histórica de nacionalidad no debe confundirse con la de nación.

Cataluña se fué diferenciando del resto de España en los siglos IX-XII y se fué afirmando como una nacionalidad. Los ideólogos nacionalistas arrancan de este período y presentan una Cataluña ya nación. Esto no corresponde a la verdad.

La nacionalidad posee ya algunos rasgos característicos, que serán necesarios a la nación. La nacionalidad es ya una comunidad humana formada históricamente con lengua y territorio comunes, pero la base económica es todavía demasiado débil y los vínculos eco-

nómicos y culturales no están lo bastante desarrollados para asegurar la estabilidad de dicha comunidad. Ciudades y señoríos enteros pasan fácilmente de un rey y señor a otro por herencia, dote, compra o donación, o bien por derecho de conquista.

La nacionalidad suministra los elementos primarios indispensables para constituir, en determinadas condiciones históricas, una nación, fortaleciendo y desarrollando tales elementos. La nación se distingue de la nacionalidad por el hecho de que los lazos económicos del mercado nacional y los lazos culturales consolidan la estabilidad de la comunidad humana y ésta adquiere conciencia nacional.

La nacionalidad no siempre llega a convertirse necesariamente en una nación. Debido a la debilidad de la base económica y de los lazos culturales, la nacionalidad se puede descomponer en otras nacionalidades distintas; se puede dividir y parte de ella integrarse en naciones diversas, como una parte de la nacionalidad catalana se ha integrado a la nación francesa; diferentes nacionalidades (o partes) pueden fusionarse en una sola nación como en Francia, o una sola nacionalidad puede dar vida a varias naciones, como la nacionalidad germánica a las naciones austríaca y alemana.

Es el desarrollo histórico lo que ha determinado los resultados y la formación ulterior de las naciones.

.....  
Por naturaleza de clase, la burguesía catalana era, en el siglo XIX, una fuerza liberal democrática. Pero su liberalismo estaba supeditado por un lado al proteccionismo que la hacía entrar en contradicción con los liberales librecambistas del resto de España y, por otro lado a la necesidad de utilizar el aparato represivo del Estado para dominar al proletariado catalán.

El General Prim, liberal monárquico, es una expresión de la burguesía catalana en la política española de aquel período. Nombrado gobernador civil de Barcelona por el régimen conservador que siguió a la caída de Espartero, fué uno de los dirigentes de la represión contra el movimiento popular de 1843, conocido con el nombre de levantamiento de la jamañica. Uno de los líderes del levantamiento era Abdó Terrades, dirigente obrerista republicano que fué uno de los primeros en hablar catalán en los mitines políticos. El levantamiento fué finalmente aplastado por el ejército y la burguesía.

En relación con América, a finales de siglo, una parte de la burguesía catalana fué partidaria de una política transigente, de negociación y concesiones, en la que veía la única manera de conservar unas colonias que la intransigencia de la aristocracia terrateniente iba a perder irremisiblemente. En esto coincidía con el movimiento popular y democrático de toda España, que quería acabar con las guerras coloniales. En cambio, su naturaleza imperialista la hizo ligarse con la reacción, cuando ésta preparó la conquista de Marruecos. Es la época del mando de Prim en Africa y de su victoria en la batalla de Castillejos. La expedición colonialista fué presentada al pueblo con el máximo romanticismo y patriotismo.

nacionalista. Los soldados catalanes fueron presentados como "los nietos de los almogávares", lo cual revela hasta que punto la burguesía catalana de 1860 soñaba con el imperio mediterráneo de los siglos XIII y XIV.

El carácter liberal democrático de la burguesía y su papel dirigente en Cataluña parecen estar en contradicción con el hecho de que Cataluña y Euzkadi hayan sido los lugares donde la reacción más recalcitrante consiguió una verdadera movilización durante las guerras carlistas. Esto se explica por el hecho de que, siendo las dos regiones de España donde la burguesía ejercía más fuerte y claramente su hegemonía, en ellas se presentaba con mayor agudeza la contradicción burguesía-terratenientes. Los terratenientes carlistas especulaban con los fueros y el sentimiento religioso de las masas campesinas y así consiguieron poseer en el campo una base popular a su favor en la lucha contra la burguesía.

Como ha escrito Bosch Gimpera, la burguesía catalana era liberal en política y conservadora en cuestiones sociales. Es decir: luchaba contra el poder de la aristocracia terrateniente española y se aliaba con los terratenientes en Cataluña. Luchaba en la política española con un poder que no se podía sustituir sin derrocarlo y no se atrevía a derrocarlo porque, en Cataluña, tenía necesidad de él contra la clase obrera y las masas populares.

Al mismo tiempo que la burguesía, también crecía y se desarrollaba en Cataluña la clase obrera. A fines del siglo XVIII todos los obreros catalanes sumaban unos 80.000. En 1900, los obreros textiles pasaban de 140.000 y los metalúrgicos de 40.000. Entre todos los trabajadores industriales llegaban a unos 300.000.

La concentración industrial fué convirtiendo en obreros a los antiguos artesanos y, especialmente, a un número creciente de trabajadores del campo. La mano de obra catalana fué resultando insuficiente y se reclutaron nuevos obreros procedentes de toda España. La clase obrera catalana se ha formado pues a base de trabajadores de Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Andalucía, Castilla, Galicia, de toda España.

La supresión de los gremios, la concentración de las masas obreras y la lucha de éstas contra la explotación determinaron la aparición de asociaciones proletarias.

En 1870 se celebró en Barcelona un congreso obrero en el que participaron sociedades obreras catalanas y representaciones de toda España. En este congreso se fundó la "Federación Regional Española de la I Internacional de Marx y Engels".

Pi i Margall realizó un intento loable de armonizar el sentimiento "regional" dejado por el feudalismo (y que la lentitud del desarrollo capitalista de España no hacía fácil superar) con la "unidad española" que ayudase e impulsase este desarrollo. Trataba de armonizar el sentimiento catalán y la conciencia de una ciudadanía española.

El gran mérito de Pi i Margall, de quién Engels escribió que "de todos los republicanos oficiales era el único que actuaba en socialista", fué su visión del hecho de que la revolución burguesa exigía que la acción de toda la burguesía española fuese dirigida por un partido fuerte, que la orientasen en la lucha contra la aristocracia terrateniente, sin miedo a la clase obrera, sino más bien esforzándose por obtener su apoyo y su alianza para el establecimiento del poder de la burguesía.

Pi i Margall fundó el Partido Federal, que rápidamente encontró audiencia en toda España. Este partido adquirió una fuerza importante y, al abdicar Amadeo de Saboya y proclamarse la Primera República, Pi i Margall fué nombrado Ministro del Interior y sucedió a Figueres, poco después, en la Presidencia.

Pero la clase obrera catalana fué influida por la dirección bakuninista en el Congreso de la Internacional en Barcelona, Septiembre de 1870. Esto fué el resultado no solo de la actividad del agitador italiano Fanelli, sino de la decepcionante experiencia históri



ca sufrida por los obreros catalanes, que en casi medio siglo de luchas políticas detrás de la burguesía, no habían obtenido ninguna mejora en su situación. Es conocida la crítica de Engels a los dirigentes anarquistas de Barcelona por no haber orientado a la clase obrera a dar su apoyo a la política preconizada por Pi i Margall.

La Primera República no se pudo consolidar. Las luchas entre proteccionistas y libre cambistas, entre unitarios y federales, la proclamación del Estado Catalán por la Diputación de Barcelona y las sublevaciones cantonales crearon tal estado de confusión, que Pi i Margall se consideró incapaz de resolverlo y dimitió. Y después de haber conocido cuatro presidentes del Ejecutivo en once meses de existencia, la República se hundió con el golpe de estado del general Pavía.

El temor a su "izquierda" hizo que la burguesía catalana fuese conservadora, que se decidiese por el compromiso con las fuerzas reaccionarias y que fuese incapaz de dirigir la revolución. Por ello traicionó a la República y apoyó el pronunciamiento monárquico del general Martínez Campos.

La crisis y los sobresaltos librecambistas hicieron que la burguesía catalana empezase a darse cuenta de que el estado de la Restauración no respondía a sus objetivos. La burguesía catalana empezó a tomar conciencia de que el futuro de las colonias estaba comprometido (cada vez más gravemente) y que no podía contar con el mercado interior anquilosado y sin desarrollarse. Entonces su mentalidad de grupo de presión empezó a dar paso a una voluntad de lucha política para participar en la dirección de la alianza burguesía-terratenientes. La burguesía catalana siguió viendo el futuro como conquista de colonias y no como ampliación del mercado interior, lo cual hubiera hecho necesaria la destrucción del Estado central por la vía revolucionaria. Pero esto no se lo proponía, porque le interesaba emplear la fuerza represiva del estado para hacer frente a la lucha reivindicativa de la clase obrera.

El intento burgués de tomar parte en la dirección del estado parecía entonces una necesidad cada vez más urgente. Y la plataforma nacionalista aparecía como la línea política más útil, dados los acontecimientos de aquellos años. En efecto, la última década del siglo XIX corresponde a una crisis económica general y a la crisis financiera del Estado. En 1892 cayó la explotación del mineral de hierro, con la que se enriquecían los capitalistas vascos y asturianos, que también se pusieron en movimiento. Ligado a esta situación, se produjo en todo el país un nuevo ascenso del movimiento obrero y democrático.

A partir de 1890 empezaron a sucederse las huelgas en Barcelona y en otras ciudades industriales de Cataluña. En 1890 se celebró en Barcelona por primera vez, el 1º de Mayo, y se empezó a plantear la reivindicación de la jornada de 8 horas. La clase obrera vasca con la huelga de los mineros de la Oronada, también irrumpió en el panorama político de España. La agitación obrera de Cataluña y Euzkadi se extendió por todo el país. Además de las huelgas reivindicativas, los obreros empezaron a promover grandes huelgas y manifestaciones contra las guerras coloniales.

Los campesinos se agitaban contra los impuestos y contra la caída de los precios agrícolas, causada por la supresión de las exportaciones de harina y vino. También se oponían a las guerras coloniales. Los obreros andaluces del campo promovían huelgas e insurrecciones en su lucha por el pan.

En esta situación llegó el año 1898 con la pérdida de las colonias. El pánico provocó la caída de todos los valores en la Bolsa.

Con la pérdida de las colonias, la contradicción entre la burguesía catalana y el poder de la aristocracia terrateniente se agudizó con fuerza.

# LENIN y la CUESTION NACIONAL

En 1.913 Lenin escribió dos trabajos sobre la cuestión nacional: "NOTAS CRITICAS SOBRE LA CUESTION NACIONAL" y "SOBRE EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACION". En ellos indicó que hay dos tendencias en el desarrollo de la cuestión nacional bajo el capitalismo: "El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. La primera consiste en el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, en la lucha contra toda oposición nacional, en la creación de Estados nacionales. La segunda es el desarrollo y multiplicación de vínculos de todas clases entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc. Ambas tendencias son una ley universal del capitalismo" (NOTAS CRITICAS...). La primera tendencia es propia de la época en que el capitalismo derrota al feudalismo y se debe a razones de tipo económico: para el desenvolvimiento del capitalismo es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, que se unan formando Estados los territorios cuya población habla un mismo idioma. La segunda tendencia es propia de la fase imperialista del capitalismo (fase actual, de desarrollo del sistema mundial del capitalismo).

Este acercamiento económico, característico de la segunda tendencia, no se produce en el marco de la colaboración en pie de igualdad de las naciones sino mediante la opresión de los países atrasados por parte de los Estados imperialistas. De ahí que la segunda tendencia no elimina la primera sino que la agudiza. Por eso el marxismo-leninismo al defender el derecho de las naciones a la autodeterminación tiene en cuenta la primera tendencia, y al proclamar el principio del internacionalismo proletario tiene en cuenta la segunda.

Lenin nunca creyó que la opresión nacional llegara a desaparecer bajo el capitalismo. Tan sólo el socialismo puede resolver de manera consecuente y hasta el fin este problema. Antes de 1.914 (Primera Guerra Mundial), cuando en Rusia el principal problema era el de la revolución democrática, Lenin consideraba la cuestión nacional como parte del problema de conjunto concerniente a la revolución democrático-burguesa. Consideraba que el derrocamiento del zarismo era la condición previa para resolver la cuestión nacional "en cuanto es posible, en general, una solución de este problema en el mundo del capitalismo.

Lenin defiende el derecho de autodeterminación de los pueblos de Rusia sojuzgados por el zarismo y llama a la clase obrera a apoyar el movimiento de liberación nacional de los pueblos sometidos, orientado contra el zarismo. Pero desenmascara el nacionalismo burgués - que tiende a dividir a los obreros por nacionalidades- y levanta frente a él la bandera del internacionalismo proletario: "El nacionalismo burgués y el internacionalismo proletario son dos consignas antagónicas, irreconciliables, correspondientes a los dos grandes campos de clase del mundo capitalista" (NOTAS CRITICAS...)

Lenin critica la posición nacionalista burguesa que precoriza "la autonomía nacional en la esfera de la cultura" y pone de manifiesto que la cultura no es algo unívoco, al margen de las clases: "En CADA cultura nacional existen, aunque sea sin desarrollar, ELEMENTOS de cultura democrática y socialista, pues en CADA nación hay una masa de trabajadores/explotados cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente (/ y) una ideología democrática y socialista. Pero en CADA nación existe asimismo una cultura burguesa (...), con la particularidad de que ésta no existe solamente en forma de "elementos" sino como cultura dominante. Por eso la "cultura nacional" es, en general, la cultura de los terratenientes, de los curas y de la burguesía". ("NOTAS CRITICAS..."). Los proletarios conscientes, dice Lenin, toman de cada cultura nacional únicamente los elementos democráticos y socialistas, los toman en contraposición a la cultura burguesa, al nacionalismo burgués de cada nación. Lo básico, pues, en la cuestión nacional bajo el régimen capitalista estriba en unir a los obreros de todas las naciones en lucha común contra el nacionalismo burgués y terrateniente.

En el artículo "SOBRE EL DERECHO...", Lenin rectifica a Rosa Luxemburgo quien insistía en que, del programa de los bolcheviques, se excluyera el párrafo acerca de la autodeterminación. El error de Rosa Luxemburgo consistía, según Lenin, en que, interpretando el derecho de las naciones a la autodeterminación como una concesión de las naciones oprimidas al nacionalismo burgués, olvidaba el nacionalismo gran ruso, aunque entonces era dicho nacionalismo el freno principal para el desarrollo de la democracia y de la lucha proletaria en el país. A la vez que subrayaba la necesidad de conservar en el programa del Partido el punto relativo al derecho de las naciones a la autodeterminación, Lenin explicaba que no se debía confundir el problema del reconocimiento del derecho a la autodeterminación con la cuestión de la conveniencia de la misma en tal o cual caso concreto. Siendo iguales las demás condiciones, decía, el proletariado será partidario de un estado de mayores dimensiones, que posee varias ventajas importantes en comparación con un estado pequeño.

Lenin repetía siempre la conocida tesis marxista de que no puede ser libre el pueblo que subyuga a otros pueblos. La libertad de la nación rusa, indicaba, exige que se luche contra la opresión de las nacionalidades no rusas. Únicamente esta lucha permite educar a las masas en un espíritu en verdad democrático y socialista y proporciona las máximas posibilidades de paz nacional en Rusia. El menor apoyo de los privilegios de "su" burguesía nacional por parte del proletariado de una nación, cualquiera que ésta sea, provoca inevitablemente la desconfianza entre el proletariado de otra nación, debilita la solidaridad de clase entre los obreros y los divide. Los partidos proletarios, explicó Lenin, no deben confundir el nacionalismo de las naciones opresoras y el de las oprimidas. Hay que combatir el de las opresoras pero "en todo nacionalismo burgués de una nación oprimida hay un contenido general democrático contra la opresión y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional" ("SOBRE EL DERECHO...").

-----

En 1.914, respondiendo a la falsa acusación de antipatriotismo de que eran objeto los bolcheviques por la burguesía, Lenin afirmaba: "¿Es ajeno a nosotros, proletarios conscientes de nacionalidad gran rusa, el sentimiento de orgullo nacional? ¡Naturalmente que no! Amamos nuestra lengua y nuestra Patria, nos esforzamos con todo nuestro empeño para que SUS masas trabajadoras (es decir, las nueve décimas partes de su población) se eleven a una vida consciente de demócratas y socialistas. Nada nos duele más que ver y sentir las violencias, la opresión y el escarnio a que los verdugos zaristas, los aristócratas y capitalistas someten a nuestra Patria. Tenemos el orgullo de que esas violencias hayan originado resistencia en nuestro medio, entre los grandes rusos (...) Nos invade el sentimiento de orgullo nacional porque la nación gran rusa ha creado también una clase revolucionaria, ha demostrado también que es capaz de dar a la humanidad ejemplos formidables de lucha por la libertad y el socialismo..." ("ACERCA DEL ORGULLO NACIONAL DE LOS GRANDES RUSOS", artº publicado en "Sotsial-Demokrat")

-----

Durante la I Guerra Mundial, Lenin trabajó mucho sobre la cuestión nacional y colonial. La guerra imperialista y la situación toda de la época imperialista, convirtieron esta cuestión en uno de los problemas más palpitantes de la revolución socialista. No es, por ello, extraño que Lenin redactara en 1.916 importantes trabajos acerca del derecho de las naciones a la autodeterminación. De ellos, el más importante es, sin duda, "LA REVOLUCION SOCIALISTA Y EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACION".

Respecto a la autodeterminación de las naciones, Lenin exigía distinguir tres tipos de países en la época imperialista :

- a) Un grupo principal formado por los países capitalistas altamente desarrollados de Europa occidental y E.E.U.U. de América. Cada una de estas "grandes" naciones oprime a otras naciones en las colonias y en el interior del país. La tarea del proletariado en estas naciones estriba en luchar por la libertad nacional de las colonias y de las naciones oprimidas del interior y luchar, a la vez, contra el chauvinismo de gran potencia de su propia nación.
- b) El grupo de países (Austria, los Balcanes y Rusia) donde no ha culminado la revo-

lución democrático-burguesa y la lucha nacional se ve agudizada. El proletariado de estos países debe defender de modo consecuente el derecho de las naciones a la autodeterminación, tanto por lo que respecta a la culminación de la revolución democrático-burguesa como por lo que concierne a la revolución socialista. En estos países es de singular importancia el enlace, la fusión, la lucha de clases de los obreros y trabajadores de las naciones opresoras y oprimidas contra en enemigo común : los terratenientes y la burguesía.

- c) El tercer grupo de países está formado por los semicoloniales y las colonias. Aquí los partidos obreros han de exigir la liberación inmediata de las colonias, han de apoyar decididamente a los elementos democrático-burgueses más revolucionarios, a los movimientos de liberación nacional de estos países.

¿ Cuál debe ser la educación internacionalista de la clase obrera de las naciones opresoras y de las naciones oprimidas ? La respuesta de Lenin es que esa educación no puede realizarse del mismo modo, pues la situación real de los obreros, desde el punto de vista de la cuestión nacional, no es la misma, es distinta. Lo es desde el punto de vista económico, porque una parte de los obreros de la nación opresora se aprovecha de los superbeneficios que, de los obreros de la nación oprimida, obtiene la burguesía. "Los obreros de la nación opresora -dice Lenin- hasta cierto punto toman parte con su burguesía en la explotación a que ésta somete a los trabajadores y a las masas de la población de la nación oprimida". Es también distinta políticamente, porque los obreros de la nación opresora ocupan en varios aspectos de la vida política una situación de privilegio en relación con los obreros de la nación oprimida. Finalmente, otra diferencia estriba en que los obreros de la nación opresora, bajo el capitalismo, son educados por la burguesía en el espíritu de desdén hacia los obreros de la nación oprimida.

Lenin consideraba que, por éste motivo, el centro de gravedad de la educación internacionalista del proletariado de los países opresores ha de centrarse en la defensa del derecho de las colonias y de las naciones oprimidas a la autodeterminación. Por su parte, los proletarios de las naciones oprimidas han de defender la unidad de los obreros de la nación oprimida con los de la nación opresora, a la vez que han de luchar contra la estrechez, el egoísmo, la reserva y el particularismo del nacionalismo mezquino.

Lenin explicó que la educación internacionalista de la clase obrera sigue siendo una tarea de enorme importancia incluso después de la victoria de la revolución proletaria. "Las antipatías nacionales no desaparecerán tan rápidamente; el odio de la nación oprimida contra la nación opresora seguirá existiendo durante cierto tiempo; se volatizará tan sólo después de la victoria del socialismo y después de establecer de manera definitiva relaciones plenamente democráticas entre las naciones".

Lenin sometió a una crítica profunda las concepciones erróneas de ciertos socialistas de izquierda que se manifestaban contra el derecho de las naciones a la autodeterminación, dado que este derecho, según suponían ellos, era irreal durante el imperialismo. Claro es -explicó Lenin- que la autodeterminación de las naciones bajo el imperialismo es posible sólo superando graves dificultades. Más de ello no se desprende de ningún modo que los socialistas revolucionarios hayan de renunciar a la lucha inmediata y decidida por esta exigencia -semejante renuncia sólo beneficiaría a la burguesía- ; al contrario, de ello se desprende la necesidad de poner en pie a los pueblos oprimidos contra el yugo colonial y nacional, por la aplicación completa del derecho de las naciones a la autodeterminación. Sólo el reconocimiento de este derecho -diría más tarde Lenin- asegura la solidaridad plena de los obreros, de todos los trabajadores de distintas naciones

- - - - -

Tras la REVOLUCION DE OCTUBRE el Consejo de Comisarios del Pueblo proclamó en su Declaración de los Pueblos de Rusia la igualdad y soberanía de esos pueblos, su derecho a una libre autodeterminación hasta separarse y constituir un estado independiente, la abolición de todos los privilegios y limitaciones nacionales, el libre desarrollo de las minorías nacionales que poblaban el territorio de Rusia



# La lucha del proletario- do por la dirección del movimiento nacional

Por SANTIAGO CARRILLO

El problema nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia forma parte del grupo de cuestiones cuya solución es definitiva para el desarrollo democrático de España. (...)

No em propongo estudiar la historia del desarrollo nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia, sus particularidades, sus diferencias -aunque sean temas sumamente interesantes y necesiten ser estudiados desde un punto de vista marxista (cosa que algunos camaradas han iniciado) como una parte del estudio de todo el problema nacional en España.

En mi intervención sólo quiero abundar en algunas de las manifestaciones actuales de esta cuestión, en algunos de sus aspectos complejos y contradictorios, aun corriendo el riesgo de que la exposición resulte un poco esquemática, falta de antecedentes y de desarrollos más amplios y más completos. De todos modos, tendré en cuenta algunos de los más recientes y útiles, según mi propio criterio, para la claridad del planteamiento.

## LOS OBJETIVOS DE LA GRAN BURGUESIA A TRAVES DEL MOVIMIENTO NACIONAL

La cuestión nacional, hasta bien entrada la República, estuvo casi exclusivamente en manos de la burguesía. El movimiento anarco-sindicalista tuvo siempre una actitud negativa ante el problema nacional; no comprendía la significación de esta cuestión para la transformación democrática de España, por las mismas razones que ignoraba los problemas fundamentales de la Revolución democrática, cerrándose en la propaganda de vagas y utópicas fórmulas anarquistas y en la acción sindicalista. Por su parte, el Partido Socialista desconocía el marxismo-leninismo y sus soluciones al problema nacional, lo que le llevaba a considerar este problema desde un punto de vista estrecho, exclusivamente como una reivindicación burguesa. Por esta razón, los socialistas, en tiempos pasados, llevaban el concepto de la lucha de clase contra la burguesía nacionalista y el principio de la unidad de clase de los proletarios de toda España hasta el punto de ignorar la opresión de las castas semif feudales que detentaban el poder central sobre las nacionalidades, y en consecuencia, objetivamente hasta el extremo de apoyar dicha opresión; a no comprender el apoyo que podía representar el movimiento nacional para la lucha por la transformación democrática del país, transformación en que estaba altamente interesado todo el proletariado español. Posteriormente, con la República, la evolución de los socialistas sobre la cuestión nacional no superó nunca el punto de vista del republicanism burgués, no llegó a ser jamás -tampoco en otras cuestiones fundamentales- una posición marxista.

Por otra parte, el Partido Comunista fue, hasta 1932, un grupo reducido, con poca influencia en la vida social y política. Tampoco pudo imprimir su sello al movimiento nacional.

Estos factores fueron la causa de que el problema nacional se presentase en la vida política española a fines del siglo pasado y en las dos primeras décadas del siglo XX, esencialmente como una lucha por el poder entre dos clases explotadoras: la poderosa burguesía catalana y vasca, que se encontraba en situación de inferioridad para su expansión en el estrecho marco del Estado semifeudal centralista, y la reaccionaria aristocracia terrateniente castellana, monopolizadora del poder político, cuya burocracia estatal defendía encarnizadamente los privilegios políticos y sociales de la clase que representaba, agitando la seductora bandera de la "unidad nacional" para enmascarar una realidad mucho menos seductora.

En aquel período la situación era, en líneas generales, la siguiente: el poder del Estado se hallaba principalmente en manos de la aristocracia terrateniente centralista asentada aún sobre el latifundio feudal, por más que iniciada ya en las especulaciones

la condena a vivir dentro del círculo raquítrico y pobre de la organización del Estado español, donde no encuentra aire libre y sano para la expansión de su genio y el vigor de sus avances".

En un documento estructurado a base de preguntas y respuestas, publicado en 1894, con el título de "Compendio", Prat de la Riba, el ideólogo de la Lliga, explicaba que con el sistema regionalista la industria y el comercio catalanes no perderían los mercados que ya poseían en España "y en cambio nuestros productores, favorecidos por la nueva política, podrían conquistar, además del mercado español, otros nuevos y más importantes mercados".

A través del movimiento nacional, la burguesía catalana intentó entonces organizar la producción mercantil, ampliar y asegurar sus mercados, obtener privilegios para la propia expansión imperialista. Hay que observar que uno de los principales reproches de la Lliga al Estado burocrático semifeudal es precisamente la falta de colonias que proporcionen un mercado más amplio, sin que la contradicción entre la demanda de libertades nacionales y la idea de oprimir otros pueblos embarace ni un solo momento a los hombres políticos de la gran burguesía catalana. Nunca disimularon su objetivo de obtener nuevos mercados. En su manifiesto sobre la guerra con los Estados Unidos, la burguesía catalana se pregunta:

"...¿de qué sirve que los productores catalanes creen una industria poderosa, orgullo de nuestra raza; que el agricultor, a fuerza de trabajo y de energía, consiga sacar pan de las piedras; que nuestros establecimientos de crédito sean ejemplo de sentido común y buena administración, si una política interior y exterior, que menosprecia el cálculo y la previsión... pone en peligro de muerte estas creaciones del genio catalán?"

Al intervenir en un gran debate promovido por la Cámara de Diputados el mes de junio de 1916 sobre la cuestión catalana, Cambó manifestaba una vez más la preocupación esencial de la burguesía catalana:

"¡Ah, señores diputados, si en España, en toda España, por encima de todos los patriotismos de región y de nacionalidad, existiese un ideal colectivo; si en España pensásemos en Oriente, y tuviésemos un ideal de expansión económica... con qué facilidad se resolvería el pleito catalán!"

¿Qué significaban, en sustancia, estas palabras de Cambó? Pues que teniendo mercados, posibilidades de expansión, la burguesía catalana estaría dispuesta a dejar de lado las reivindicaciones de carácter nacional. La burguesía a través de la cuestión nacional lucha contra los privilegios del Estado opresor, y por privilegios para ella misma, no importa a costa de quien, aun a costa de abjurar de la lucha nacional y de llegar a un compromiso con los opresores.

Si la burguesía catalana hubiese tenido entonces una posición más consecuente, habría podido jugar un gran papel en la solución del problema nacional y en la transformación democrática del Estado español. Pero todo el nacionalismo y el ardor patriótico de la Lliga se enfriaban cuando el proletariado catalán o el del resto de España, a pesar de su debilidad política, se movían. En el fondo, todo el juego político de la Lliga consistía en conseguir un compromiso, lo más ventajoso posible, con la oligarquía terrateniente que le abriese las avenidas del poder, y le permitiese utilizarlo en beneficio de sus intereses de clase. Este propósito se transparentaba con indudable claridad en las lamentaciones de Cambó en las Cortes, durante el debate ya citado:

"Los regionalistas catalanes son un caso único en la flora política española, quizá en la flora política de Europa; nos pasamos la vida combatiendo a los gobiernos y haciendo oposición a los gobiernos; pero yo tengo que decirlos, señores diputados, y permitidme que en este momento de sinceridad no tenga la hipocresía de la modestia, que nosotros somos un grupo de hombres de gobierno, que hemos nacido para gobernar, que nos HEMOS PREPARADO PARA GOBERNAR, que... hemos demostrado aptitudes para gobernar y sin embargo, señores diputados, estamos condenados a ser constantemente hombres de la oposición".

En el fondo, para la gran burguesía catalana, el movimiento nacional era una especie de trampolín desde el que se proponía saltar al Poder del Estado, para asegurar una política que desarrollase sus mercados interiores y exteriores; una política, en definitiva, no nacional sino imperialista.

#### LA TRAICION DE LA GRAN BURGUESIA AL MOVIMIENTO NACIONAL

La Lliga culmina su trayectoria con una traición al movimiento nacional de Cataluña y a las fuerzas democráticas españolas, o, para ser más justos, con diversas y sucesivas traiciones. El miedo a la clase obrera y a las masas trabajadoras, el temor a la apertura de un período revolucionario en España, decide su política de compromiso y capitulación ante la oligarquía terrateniente castellana que detenta el Poder el Estado.

En el verano de 1909 se produce en Africa la catástrofe del Barranco del Lobo, en la cual la responsabilidad de la política aventurera, de prestigio, de la Monarquía semi-feudal y centralista era inequívoca. Al embarcar en el puerto de Barcelona tropas destinadas al matadero de Africa, la clase obrera de la ciudad se declara en huelga de protesta. Durante algunos días - la "Semana Trágica"- lucha valerosamente contra las fuerzas del gobierno para que cese la sangría estéril y criminal de Africa. A la Lliga se le presentaba una excelente ocasión para pronunciarse contra los terratenientes opresores que gobiernan en Madrid y contra los aspectos más escandalosos de la política imperialista del Poder central, de la cual Cataluña también es víctima.

Pero no, la Lliga sólo encuentra motivos para condenar, en un manifiesto repugnante, a la clase obrera, a las "turbas exaltadas", para condenar la "destructora dirección de sus inspiradores", las "violencias contra las propiedades", y defender a los responsables de Africa que, según la Lliga, "luchan heroicamente para sostener en una campaña exterior la dignidad y el futuro de España". Es particularmente indigno el "mea culpa" de la Lliga, arrepintiéndose de haber contribuido a crear en Cataluña "una saturación de radicalismos protestatarios" y atribuyéndolo todo a una exclusión de las funciones del Gobierno Central. Es decir, implorando su participación en el gobierno, dispuesta a defender la "continuidad de la vida social, el respeto al pasado" y "la cohesión de todos los elementos sustanciales de la actual sociedad".

Además de este, otros hechos flagrantes confirman la traición de la Lliga. Para no extenderme excesivamente, sólo recordaré uno fundamental en la evolución del país y también en la evolución del "nacionalismo" de la gran burguesía catalana, que determina su paso definitivo al campo de la oligarquía terrateniente.

En 1917, la marea revolucionaria que ha empezado con la caída del zarismo en Rusia llega a España, donde las contradicciones sociales y políticas han alcanzado un punto crítico. En este momento la crisis del Estado monárquico, semi-feudal y centralista opresor está en su apogeo. La clase obrera, organizada en el PSOE, la UGT i la CNT ha conseguido concertar su unidad de acción contra la carestía de la vida y el régimen político imperante; aunque todavía no tiene un Partido Comunista capaz de asegurarle una dirección política revolucionaria, se prepara para grandes luchas, llena de combatividad. Las clases medias están profundamente descontentas. El ejército ve surgir en su seno las llamadas juntas de defensa que, en su origen, tienen un carácter protestatario; es decir, el principal puntal de aquel Estado se halla minado por poderosas corrientes inconformistas. Coincidiendo con esto, en Cataluña hay un auge del movimiento nacional. Es decir: se crea en España una situación objetiva revolucionaria, que si entonces hubiera existido un verdadero partido revolucionario del proletariado, un partido marxista-leninista, habría podido determinar grandes cambios históricos democráticos en el país.

Las diversas fuerzas de oposición, incluida la Lliga, inician una acción política común, de la cual es expresión una especie de ultimátum al Gobierno monárquico presidido por Dato, que se resume en estos puntos:

"1. Pedir al Gobierno la inmediata reunión de las Cortes para que en funciones de Constituyentes, deliberen y resuelvan sobre la organización del Estado y la autonomía de los municipios, y den solución inmediata al problema militar y a los que las circunstan-

cias actuales planteen con apremio inaplazable para la vida económica de España.

"2. Comunicar el anterior acuerdo al Gobierno, Y caso de no obtener la inmediata convocatoria de las Cortes, invitar a todos los senadores y diputados españoles para que concurren a una asamblea of extraoficial en la cual se deliberaría sobre los extremos consignados en el acuerdo anterior y cuya primera reunión tendrá lugar en esta ciudad el día 19 del corriente."

La respuesta negativa del Gobierno dio origen a la llamada Asamblea de parlamentarios, que tuvo lugar el 19 de julio de 1917 en Barcelona, con asistencia de 77 diputados y senadores. Esta asamblea habría podido transformarse en cabeza del movimiento democrático, haciendo de Cataluña la base de este movimiento. Pero entre otros factores -uno de los cuales es preciso subrayar: la debilidad política del proletariado-, la traición de la Lliga, acobardada por la clase obrera, frustró esta posibilidad. Los trabajadores fueron solos a la lucha, en agosto de 1917, con una dirección débil y vacilante; a pesar del derroche de heroísmo que realizaron, el movimiento acabó con una derrota momentánea.

En esta coyuntura, la Lliga efectuó un viraje decisivo. Aún estaban calientes los cadáveres de las víctimas de la represión y llenas de obreros las cárceles, cuando la gran burguesía catalana saltó de la asamblea de parlamentarios al Gobierno de Madrid, en el cual entraron como ministros, Joan Ventosa, a la cartera de Hacienda, y Felip Rodès, a la de instrucción pública. Después, el propio Cambó fue nombrado ministro de Fomento y Ventosa recibió la cartera de Abastecimientos.

Así la gran burguesía catalana consiguió sus propósitos: jugar un papel en la dirección del Estado. El movimiento nacional catalán y el movimiento democrático de las masas populares españolas, que le sirvieron de trampolín, fueron traicionados por ella. La Lliga se contentaba con pequeñas concesiones regionalistas, de pura fórmula -como la Mancomunitat-. Pero en el fondo consiguió posiciones más importantes, privilegios económicos más serios para la clase que representaba.

A partir de este momento, esta clase se confundirá, cada vez más, políticamente y aún socialmente- con la oligarquía terrateniente y estará dispuesta en todo momento a salir en defensa de este Estado imprevisor, lleno de vicios y rutinas seculares, con una historia de desastres, estéril, inepto y corrompido.

Tal fue su comportamiento cuando, para salvar dicho Estado, animó y sostuvo el golpe de Primo de Rivera, que acentuaría la política de asimilación violenta de Cataluña.

Igual propósito la condujo a designar a Joan Ventosa para formar parte del Gobierno Aznar, en un último y desesperado intento de salvar la Monarquía, irremisiblemente condenada.

#### LAS CAUSAS Y LAS CONSECUENCIAS DEL COMPROMISO ENTRE LA GRAN BURGUESIA Y LAS CLASES SEMIFEUDALES REACCIONARIAS

En debate que hubo el mes de junio de 1907 en la Cámara de diputados acerca de la cuestión catalana, Canalejas, el viejo político liberal de la Monarquía, supo tocar a los representantes de la Lliga en su punto sensible:

"Si algún día... -les decía- llegaseis a persuadirnos de que es preciso constituir la región catalana, ¿qué sería del elemento propietario catalán? ¿Qué fuerza tendrían los industriales de Cataluña para canalizar las aspiraciones del proletariado obrero? Yo creo que se iría a una gran lucha. ¿Y sabéis si tenéis el Poder y la organización vital necesarios para resistir esas luchas del trabajo, esas grandes convulsiones sociales, en las que toda la fuerza, todo el vigor del Poder del Estado parecen insuficientes?"

En esencia, Canalejas venía a decir a los grandes burgueses catalanes: "Podrías prescindir de nuestro Estado, de nuestra Guardia Civil y de nuestro ejército para tener dominada a vuestra clase obrera?"

Canalejas añadía veladamente otro concepto que puede resumirse en estas palabras: "Hallaríais en otros lugares el mercado que España os ofrece, el proteccionismo arancelario que os asegura?"

Al capitular ante los terratenientes castellanos y su Estado semifeudal y burocrático-

co, la gran burguesía catalana seguía idéntica conducta que su homóloga vasca y, en general, que toda la capa superior de la burguesía de los diversos pueblos de España.

En realidad, el centro de la lucha no residía en la cuestión nacional catalana, ni mucho menos entonces, en la vasca; ambas cuestiones eran tan sólo -aunque importantes- una parte del asunto. El gran problema era la cuestión del carácter del Estado, de la clase que ocuparía el Poder político. La burguesía de los diversos pueblos de España, como clase, aspiraba a ocupar el Poder del Estado para emplearlo en beneficio propio, frente a la clase de los terratenientes, arraigada especialmente en las zonas interiores de España, de las cuales Castilla aparecía heroicamente como cabeza. La clase de los terratenientes, con todas sus características feudales, ocupando el Poder, representaba un obstáculo para el desarrollo capitalista de Cataluña, Euzkadi, y, en general, de toda España.

Por tanto, no sólo el interés de las nacionalidades oprimidas, sino el de toda España, reclamaba la liquidación del Estado monárquico semifeudal, que disimulaba su carácter autocrático bajo un liberalismo formal, basado en el caciquismo y en la corrupción del sufragio.

Esta tarea histórica -la liquidación de este Estado- aún no había sido realizada por la burguesía a fines del siglo XIX. Mientras Francia, Inglaterra y otros países la resolvieron ya en el siglo XVIII con la realización de sus revoluciones burguesas, España entró en el siglo XX con una organización social retardada en más de cien años. Las clases reaccionarias, portadoras del sistema feudal de producción, acaparaban el Poder estatal y lo empleaban para mantener sus privilegios e impedir el desarrollo económico, político y cultural del país. En el periodo histórico correspondiente, la burguesía no consiguió ser la clase dirigente, no llegó a fundir e identificar sus intereses con los de la nación, desplazando al feudalismo. Si lo hubiese conseguido, los términos del problema nacional en España probablemente habrían cambiado, y este problema no habría llegado a tener las características que tuvo después.

Frente a las clases semif feudales reaccionarias, la lucha de la burguesía no podía ser una lucha consecuente a finales del siglo XIX, ni en el siglo XX, cuando ya el proletariado representaba una fuerza social y política muy importante. Si su impotencia, su esterilidad, su limitación -debidas a factores históricos que no es el caso analizar aquí-, impidieron a la burguesía triunfar cuando era el momento oportuno, ahora que ya no lo era, la revolución habría escapado a su control y habría sido el principio de una transformación social más profunda.

Esta fue la causa de que la burguesía catalana, en un momento decisivo como lo fue el año 1917, en que se acumulaban las circunstancias propicias para destruir el feudalismo centralista, volvió la espalda y escogió otro camino que consideró más seguro para sus privilegios de clase, que el que le ofrecía la Revolución democrática.

El camino escogido fue el del entendimiento con la oligarquía terrateniente que, por su parte, también estaba dispuesta a hacer concesiones. Empezaba a transformarse en una clase semifeudal, semicapitalista; a encontrar gusto en las especulaciones financieras, en la combinación del usufructo de la renta agraria con ciertas actividades capitalistas. Se encontraba dispuesta a dar facilidades a la gran burguesía catalana y vasca para la explotación del mercado español. Porque, a pesar de sus reducidas proporciones, tenía la ventaja de estar casi limpio de competidores nacionales, dado el retraso económico de las zonas del interior, y podía cerrar sus puertas a la competencia extranjera -como así lo hizo- con una rígida política arancelaria.

Las bases del acuerdo establecido entre la oligarquía terrateniente y la gran burguesía catalana y vasca podrían concretarse, un poco esquemáticamente, en los siguientes términos:

La oligarquía terrateniente conservaba en sus manos el poder del Estado -que no estaba dispuesta a abandonar-, con lo cual velaría no sólo por la integridad del latifundio sino también por los intereses de aquellas burguesías ante el creciente movimiento de lucha de los obreros; incluso daría un cierto derecho de control sobre el Poder a los representantes de la gran burguesía catalana y vasca.

A cambio, las burguesías catalana y vasca extenderían su dominio sobre el mercado español, sin competidores importantes; recibirían favores de la Guardia Civil, del Ejército y de los funcionarios oficiales para mantener al proletariado con las manos atadas.

Este compromiso reaccionario significaba una traición al movimiento nacional, porque la burguesía catalana sacrificaba las libertades y la cultura nacional a sus egoístas privilegios de clase. En su conjunto iba dirigido contra todas las fuerzas progresistas y democráticas de la sociedad española que luchaban por un Estado moderno.

Sus funestas consecuencias pesan aún hoy sobre nuestro país. Aunque el compromiso entre esas clases no puede concebirse como un idilio sin nubes, y aunque, ciertamente, ha habido contradicciones -a veces importantes y agudas- como no podía dejar de ocurrir entre lobos, su entendimiento ha pesado como una losa de plomo sobre el desarrollo político y económico posterior de España.

En el terreno político, este compromiso salvó la monarquía en 1917, hundió más adelante la República democrática, abrió paso a la guerra civil del 36-39 y a la consiguiente intervención fascista extranjera, y nos ha traído un régimen fascista que ya dura más de veinte años.

En el terreno económico, este compromiso ha frenado el desarrollo moderno de España; ha hecho perdurar el atraso económico de las zonas del interior, manteniendo el régimen semifeudal, sin desarrollar extraordinariamente, en cambio, la periferia.

Es decir: ha sido una verdadera catástrofe para España.

Este compromiso ha venido a hacer más complejos y contradictorios los términos del problema nacional en España. Porque, a consecuencia de este compromiso, las nacionalidades periféricas ven reprimida y aplastada su personalidad, perseguidas sus libertades y su cultura por una coalición que incluye, junto a los terratenientes castellanos, su gran burguesía, coalición que bajo la dictadura franquista se ha fusionado hasta formar una sola oligarquía: la oligarquía monopolista.

Mientras, por otra parte, Castilla y los otros pueblos de España sufren la explotación imperialista de la gran burguesía catalana y vasca, que dobla la explotación de sus propios terratenientes.

Estos factores complejos y contradictorios del problema nacional muestran la base objetiva, de un lado, por la enemistad de las masas catalanas, a quienes se impide disfrutar sus libertades y desarrollar su cultura, contra el centralismo castellano; de otro lado, por el "anticatalanismo" o el "antivasquismo" de amplias masas del campesinado del interior, que en sus relaciones económicas, a través del mercado, chocan directamente con la gran burguesía catalana y vasca, y a las que resulta un consuelo muy reducido el de poder hablar y escribir -cuando saben hacerlo- en su lengua, o cantar sus canciones, cosas para las que casi nunca tienen tiempo ni humor.

Este segundo aspecto de la cuestión, que quizá no ha sido estudiado lo bastante, nos da la clave para comprender por qué la reacción, en su agitación contra el "Estatut" catalán, por ejemplo, conseguía movilizar contra los partidos democráticos españoles y contra la República, masas enormes de campesinos que se congregaban en las plazas de toros castellanas y aragonesas para aplaudir a los oradores reaccionarios, confundiendo sus arengas demagógicas contra Cataluña y la República con la defensa de sus intereses económicos.

Es evidente que, en el futuro, una justa política en la cuestión nacional debería tener más en cuenta cada uno de los diversos y complejos aspectos de su planteamiento.

#### EL DESARROLLO DE LA CUESTION NACIONAL EN EL PERIODO REPUBLICANO

El advenimiento de la República representó una derrota para las fuerzas políticas de la oligarquía terrateniente y de la gran burguesía. Dentro de la democracia burguesa, la cuestión nacional recibió, por fin, una solución acorde con el carácter de aquella situación, al ser aprobados los Estatutos catalán y vasco. Esta vez, en Cataluña, quien tomaba la dirección del movimiento nacional era la burguesía media, de tendencias democráticas, rival de la Lliga.

En cambio, en Euzkadi el carácter de la dirección del movimiento nacional era más dudoso. El Partido Nacionalista Vasco no podría ser definido como la Esquerra Republicana de Catalunya, es decir como un partido de la burguesía media y de tendencia democráticas. Es cierto que gozaba de amplia audiencia entre las masas populares, consecuencia de haber casi monopolizado la representación de la causa nacional vasca por culpa de la limitación centralista del PSOE y del insuficiente desarrollo del Partido Comunista. Pero el entroncamiento de la dirección del Partido Nacionalista Vasco con la gran burguesía y el alto clero es cosa sabida y que determina la situación de este partido en aquel momento. Por otra parte, no se conoce en la política de la República ningún otro partido cuyo funcionamiento fuera más antidemocrático -exceptuando, quizás, Acción Popular- con rasgos más totalitarios en su organización, que el Partido Nacionalista Vasco. Nadie podría decir cuando se ha reunido un Congreso de este partido, ni en qué asamblea han sido elegidos sus dirigentes, ni ante quien rinden cuentas de su gestión. Al estallar la guerra, en 1936, el PNV -que no participaba en el Frente Popular- a consecuencia de la presión de masas y después de no pocas vacilaciones de una parte de sus dirigentes, se unió a la causa de la República. Y aunque en este período se desarrollaron en su interior corrientes más democráticas, los dirigentes siempre trataron de no romper directamente con la gran burguesía y con las jerarquías de la Iglesia.

Si la dirección de la República hubiese estado en manos más firmes y consecuentes durante el primer bienio, la concesión de los derechos nacionales de Euzkadi y Galicia no habría sido regateada como lo fue. Y si, junto a la cuestión nacional, si hubiesen abordado otros problemas no menos decisivos para la efectiva transformación democrática del país, habría sido liquidada la base material de la oligarquía terrateniente, por medio de una amplia y completa reforma agraria, por ejemplo. Esta reforma habría ampliado extraordinariamente el mercado interior, proporcionando nuevas salidas a la producción industrial catalana, vasca y de otros lugares del país, al facilitar su extensión económica, y habría intensificado la producción agraria, liberada por fin de trabas feudales.

A la vez se habría podido abordar otro aspecto: el del desarrollo industrial de las zonas interiores del país, desarrollo que lógicamente debería haberse realizado, en parte, a costa de la expropiación de la nobleza terrateniente, y, en parte, a costa de los beneficios de la gran burguesía vasca y catalana, y en general de la gran burguesía española; es decir, rescatando una parte de los beneficios conseguidos por esta capa de la burguesía con la explotación, a través del mercado, de los campesinos castellanos y del interior.

Pero la burguesía media y sus aliados socialista vacilaban ante la presión de la aristocracia terrateniente, por una parte, y la del proletariado y del movimiento campesino, por la otra. Sus vacilaciones dejaron libre el camino a la sublevación y al fascismo, que ahogaron en sangre la democracia y las libertades nacionales.

En el período de la guerra contra el fascismo se crearon relaciones completamente nuevas entre las nacionalidades que habían sido anteriormente oprimidas -particularmente Cataluña, porque Galicia cayó desde el principio en manos de los sublevados y Euzkadi, pocos meses después- y el resto de los pueblos de España en la zona republicana. Contra el fascismo, en defensa de la democracia, se consiguió una unidad anteriormente desconocida. El eje principal de esta unidad era ya la clase obrera de Cataluña -que con la creación del PSUC había dado un gran paso adelante- y la clase obrera de los otros pueblos de España, más las masas del campo. La desaparición de la opresión y la sangre vertida en común defendiendo Madrid y Cataluña, creó las bases de una nueva hermandad entre los pueblos de Cataluña y del resto de España.

En este período, los motivos fundamentales de fricción -es decir, la opresión nacional de Cataluña y la doble explotación del campo castellano por los terratenientes indígenas y por la gran burguesía catalana- desaparecieron.

Los pueblos aprendieron que estos resultados pueden conseguirse con la lucha común

y que la causa nacional catalana -como la vasca y la gallega- están indisolublemente ligadas a la causa de la transformación democrática del Estado español; que existe una profunda comunidad de intereses entre los pueblos de España.

La lucha común, aunque terminó con la derrota transitoria, puso las bases para el renacimiento de un Estado democrático en España, más unido y fuerte de lo que nunca fue, fundamentado en la comunidad de intereses y en el respeto a la diversidad nacional, al derecho de autodeterminación de los pueblos.

#### LA RELACION ENTRE EL PROBLEMA NACIONAL Y LA LUCHA CONTRA LA OLIGARQUIA MONOPOLISTA

El Estado fascista del general Franco, centralista y opresor, perseguidor de la cultura y de las libertades vascas y catalanas, es el instrumento, el gendarme de los privilegios de los grandes señores vascos, catalanes y castellanos.

Esta fusión dentro de la oligarquía monopolista -fusión que no se opera idílicamente, sin contradicciones y sin conflictos- ha hecho que la capa superior de las clases dominantes en las nacionalidades oprimidas y en la opresora sea, de hecho, una sola capa explotadora dentro de la cual se ha desvanecido toda diferenciación nacional; sea, en la práctica, una clase única que utiliza la dictadura del general Franco en beneficio propio, explotando y oprimiendo, política y socialmente, todas las demás clases y capas, desde el proletariado y los campesinos hasta la burguesía media y no monopolista.

De ahí que el movimiento democrático, tanto de Cataluña, Euzkadi y Galicia como del resto de España, si quiere ser consecuente, tiene que plantearse en este periodo, como objetivo estratégico (a alcanzar tanto en el curso de la lucha contra la dictadura del general Franco como posteriormente durante la acción política y social para el desarrollo de la democracia) el de recortar el poder omnimodo de esta oligarquía hasta su anulación.

La política del proletariado y de las fuerzas progresistas en la cuestión nacional, para este periodo, debe estar condicionada por este objetivo estratégico fundamental. Cualquier desviación, del tipo que sea, resultaría fatal, una vez más, para la democracia y para los movimientos nacionales y sólo beneficiaría a la oligarquía. Esta es una premisa fundamental, que hay que tener en cuenta actualmente, al abordar la cuestión nacional desde un punto de vista marxista-leninista.

La solución del problema nacional se integra, pues, en el conjunto de la lucha democrática de las diversas clases y capas no monopolistas de la sociedad, con el proletariado a la vanguardia, contra el dominio de la oligarquía monopolista.

Las características del desarrollo de España, desde hace muchos años y sobre todo durante los transcurridos bajo la dictadura, han llevado a estrechar lazos económicos y a reforzar, en el terreno económico, la comunidad entre los diversos pueblos de España. No importa que las vías de este desarrollo sean tortuosas e intrincadas y se hallen manchadas por los excesos más reprobables de la opresión social, política y nacional. Este es el hecho objetivo. En la actual sociedad española, donde coexisten las formas más avanzadas del capitalismo con los residuos del feudalismo medieval, los lazos económicos de unos pueblos con otros es una realidad no desmentida sino confirmada por las contradicciones inherentes a esta estructura económica. El mercado fundamental -sin discusión- de la burguesía vasca y de la burguesía catalana es el mercado español. Ciertos grupos reducidos que sueñan en una Cataluña y una Euzkadi separadas de España y apoyadas en el Mercado Común Europeo, se alejan del terreno de las realidades. La economía de ambas nacionalidades está aparrada al mercado español, y en la jungla de los monopolios europeos, que se disputan encarnizadamente los mercados con medios mucho más poderosos que los que aquellas poseen, Cataluña y Euzkadi tienen poco que ganar y mucho que perder.



Independientemente de la naturaleza de los caminos por los que se ha llegado a esta situación, de las críticas que desde un punto de vista histórico pueda hacerse a los mismos, los hechos objetivos son así. Este factor hará pesar su influencia en el planteamiento y la solución del problema nacional y determinará, en gran medida, el desarrollo político y social de los pueblos de España.

Las nuevas características que envuelven la cuestión nacional en este período concreto, explican quizá por qué siendo tan vivo y profundo el resurgimiento nacional hoy en Cataluña y Euzkadi, ninguna de sus fuerzas políticas se pronuncia pura y simplemente por la separación.

#### DOS ERRORES QUE EL PARTIDO PROLETARIO DEBE EVITAR

Entre nosotros hemos convenido muchas veces en la importancia que los comunistas de las nacionalidades oprimidas de España pueden conceder al hecho de arrancar la bandera nacional de las manos claudicantes de la burguesía. Ya en el curso de la guerra contra el fascismo, sobre todo en Cataluña, se hicieron serios progresos con la aparición y la actividad de un gran partido obrero, el PSUQ, progresos que se han ido afirmando. Por otra parte, la actitud consecuente del Partido Comunista de España en la cuestión nacional fue y es una contribución decisiva para la elevación del proletariado de las nacionalidades oprimidas al papel dirigente dentro del movimiento nacional. Y, en general, los comunistas somos beneficiarios de la influencia que nos proporciona la justa solución dada al problema de las nacionalidades en la Unión Soviética.

A pesar de ello, los progresos efectuados en esta dirección no son tan firmes y decisivos como sería necesario.

Si esto es así, hay que preguntarse cuáles son las causas que originan esta insuficiencia. Tampoco es la primera vez que nos interrogamos sobre ellas. Anteriormente nos dimos la respuesta justa, pero incompleta, de que era preciso buscarlas en un deficiente conocimiento de la teoría marxista leninista sobre la cuestión nacional. Desde entonces muchos comunistas han estudiado más la teoría, han ampliado sus conocimientos en esta cuestión y estarían en condiciones de hacer artículos y conferencias de calidad sobre los principios. Con todo, si bien el estudio de la teoría ha agudizado nuestra preocupación por el problema, y consiguientemente nos ha acercado a su solución, aún no la hemos encontrado plenamente.

Aquí interviene, en cierto modo, el defecto del dogmatismo. Si estudiamos la teoría pero no elaboramos acertadamente su aplicación a las condiciones concretas de nuestro país, todo se resolverá en fórmulas aprendidas y recitadas de manera más o menos feliz. Como ha recordado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (Y últimamente, la declaración de 12 partidos de los países socialistas), la teoría hay que aplicarla de una manera creadora a las realidades concretas de cada país y de cada período, y no dogmáticamente, estancándose en fórmulas y perdiéndose en las generalidades.

Este es el esfuerzo que aún no hemos abordado y que debemos iniciar; la parte que faltaba a nuestra respuesta cuando nos preguntábamos sobre el camino para poner en manos del proletariado y de su partido la dirección del movimiento nacional. Tenemos que elaborar la aplicación de los principios marxistas leninistas a la evolución del problema nacional —o de los problemas nacionales— en nuestro país, en este período concreto.

Para conseguirlo hemos de superar, entre los comunistas de las nacionalidades oprimidas, dos posiciones que desde diferentes ángulos representan un grave error.

Una de ellas consiste en la desestimación, en la indiferencia ante la cuestión nacional, que lleva anejo un cierto nihilismo, una actitud sectaria, la renuncia (involuntaria) a jugar el papel dirigente que corresponde al Partido entre las grandes masas democráticas de una nacionalidad determinada.

El Partido proletario que no se sitúa correctamente ante el problema nacional, tanto desde el punto de vista ideológico como del político práctico, cede el campo a la

burguesía se aísla, se condena la pérdida de influencia.

Una parte considerable de los trabajadores, y sobre todo la masa de los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía media son influidos en menor o mayor grado, por puntos de vista nacionalistas burgueses, ya que, en general, fue siempre la burguesía quien dirigió el movimiento nacional. No importa que en muchos casos estos sentimientos estén como adormecidos, soterrados por la opresión. Resurgirán con el tiempo, más vivos.

La indiferencia ante la cuestión nacional no acabará con esta influencia burguesa, antes al contrario, facilitará su persistencia y su extensión, contribuirá a solidificarla.

Evidentemente, tal actitud no puede traer consigo ninguna ventaja al proletariado y a su causa; sólo nos proporcionaría desventajas. El provecho de tal indiferencia iría exclusivamente hacia la burguesía y sus partidos.

Otras veces se cae en el extremo opuesto, es decir, en la idea de que, para arrancar la bandera nacional de manos de la burguesía hay que ser más nacionalistas que los nacionalistas burgueses. Por este camino quisieron conducir el partido, en ciertas ocasiones, pastores que, más que tales, resultaron ser ovejas desarriadas.

Ni qué decir tiene que esta actitud es tanto más errónea que la de la indiferencia y la desestimación.

Es lógico -no lo sería lo contrario- que los comunistas de una nacionalidad, Cataluña en este caso, se sientan partícipes del sufrimiento común de su pueblo, causado por los atropellos que la dictadura comete contra las libertades y la cultura nacionales y los denuncien con gran vigor; es lógico que se coloquen en la vanguardia de una lucha contra esas ofensas, por las libertades y el patrimonio cultural de su pueblo. Pero de eso a ser más nacionalistas que los nacionalistas burgueses va un abismo.

Quien lo franquease incurriría en una grave falta, porque si la indiferencia y la subestimación de la cuestión nacional representan abandonar extensos sectores del pueblo a la influencia de la burguesía, este error, el del nacionalismo burgués, significaría que ya ni el Partido proletario se excluye de dicha influencia; que los comunistas dejarían de serlo para transformarse en apéndice de los grupos políticos burgueses.

#### LA DEFENSA DEL DERECHO DE AUTODETERMINACION Y LAS OTRAS CONDICIONES PARA QUE EL PARTIDO JUEGUE SU PAPEL DIRIGENTE

En las condiciones actuales, como siempre, el principio para la solución justa del problema nacional es el reconocimiento del derecho de autodeterminación. El Partido Comunista de España mantiene y mantendrá firmemente la defensa de este principio, que comporta incluso el derecho a la separación.

Esto no significa que en el caso preciso de la evolución del problema nacional en España los comunistas y el proletariado en general, estemos a favor de la separación; es evidente que no estamos por la separación. El reconocimiento del principio de autodeterminación significa que ninguna solución puede ser impuesta desde Madrid a los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia; cualquier solución impuesta sería un atropello, además de una estupidez, porque en lugar de resolver el problema, lo agravaría aún más. Los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia deben decidir ellos mismos sobre la naturaleza de sus relaciones con los restantes pueblos de España; la estructura orgánica del Estado español debe ser resuelta libremente por todos los pueblos que lo integran, sin imposición, sin privilegios para ninguno de ellos, ni para sus clases explotadoras. Esto no sólo no reducirá la unidad y la fuerza del Estado democrático, sino que las hará mucho más sólidas, a base del reconocimiento de la diversidad nacional. Con el reconocimiento de las autonomías, hizo más la República por la unidad efectiva de España, que largos años de autocracia monárquica o de dictadura franquista, es decir, de asimilación violenta.

Los comunistas de la nacionalidad opresora -que resulta ser, socialmente, la más oprimida en este período, y este es uno de los aspectos más contradictorios de la cuestión nacional- defendamos el derecho de autodeterminación como el único camino para resolver el problema.

La defensa consecuente de este derecho es una parte muy importante del esfuerzo para poner en manos del proletariado la dirección del movimiento nacional. Pero, evidentemente, no es todo el esfuerzo.

Sin tener la pretensión de analizar en esta intervención todo el problema sino, simplemente de suscitarlo, de iniciarlo, pienso que es preciso tener en cuenta otros elementos que entran en su planteamiento.

De la misma manera que el proletariado de la nacionalidad políticamente opresora no puede sentirse ligado por ninguna especie de solidaridad "nacional" con la nobleza terrateniente, ni con la oligarquía monopolista en la que la nobleza se integra, y considera que su primer deber es combatirlas, el proletariado de las nacionalidades oprimidas ha de denunciar en primer término a su propia burguesía, la colusión entre ella y la gran burguesía de los diversos pueblos con la aristocracia latifundista, y los privilegios que esta colusión garantiza a su propia burguesía; la explotación que esta ejerce, no sólo sobre su propio pueblo, sino sobre los restantes pueblos de España, incluidos los de la nacionalidad opresora.

El obrero de Madrid, que no tiene nada en común con el Duque del Infantado -pongamos por ejemplo- se siente en cambio solidario y unido en una misma lucha de clase, en una idéntica acción política con el proletariado de Barcelona y Bilbao.

El obrero de Barcelona o el de Bilbao, por su parte, está mucho más cerca del campesino castellano que de los Mateu, Güell, Urquijo, Gárnica y compañía, aunque esos señores hayan nacido en su misma tierra y hablen su lengua.

La unidad de clase de los proletarios de toda España frente a la oligarquía monopolista (a la cual no separa ninguna diferencia nacional) es una de las partes decisivas de una política revolucionaria sobre la cuestión nacional. Sin asegurar esta unidad, el proletariado, tanto en la periferia como en el centro, vería sus fuerzas sumamente divididas y no podría asegurar su papel dirigente ni localmente dentro del movimiento nacional, ni en un nivel más amplio sobre el conjunto del movimiento democrático. La comprensión de esta realidad es esencial para nosotros los comunistas.

Esta cuestión de la solidaridad de clase se plantea hoy ante los proletarios de Cataluña y Euzkadi no sólo en el plano político general, sino en otro más simple e inmediato. Como consecuencia de la política de desarrollo capitalista en el campo a la manera "prusiana", del saqueo y de la explotación a la cual se ven sometidas las masas campesinas -saqueo y explotación en los que participan muy directamente los grandes burgueses vascos y catalanes de la oligarquía- decenas de miles de jornaleros y campesinos han emigrado de Castilla, Aragón, Andalucía, Extremadura y aun de Levante hacia las industrias de Euzkadi y Cataluña. Los capitalistas catalanes y vascos han encontrado en estos inmigrantes una masa de mano de obra mucho más fácil de explotar que el proletariado tradicional, asentado desde hace muchos años en la producción, más consciente y capaz de defenderse. Los nuevos proletarios viven amontonados en barracas o en habitaciones realquiladas, en circunstancias inhumanas y a veces aceptan más fácilmente las condiciones de trabajo que los patronos quieren imponerles. Mediante este procedimiento los capitalistas no sólo extienden su poder al campo sino que aseguran una reserva de mano de obra barata a la industria y, además, intentan escindir a los trabajadores. Para conseguirlo fomentan las fricciones entre los obreros locales y los inmigrantes, desarrollan entre unos y otros una especie de chovinismo, suscitan la desconfianza y la hostilidad entre los obreros catalanes y vascos por una parte, y los castellanos, andaluces o extremeños por la otra. La oligarquía provoca primero la miseria y la emigración en el campo y la aprovecha después para redoblar la explotación en la industria. Gana a todas las cartas.

Los proletarios vascos y catalanes deben denunciar estas maniobras capitalistas, deben rechazar toda especulación nacionalista o de otro tipo que divida a los trabajadores y deben esforzarse por conseguir su unidad, por encima de las diferencias nacionales, en el espíritu del internacionalismo proletario. Para honor de los obreros catalanes y vascos, es así en la mayoría de los casos.

En definitiva, la unidad del proletariado de todas las nacionalidades de España es una condición indispensable para el cumplimiento del papel dirigente que le corresponde en el movimiento nacional; es una parte esencial de la lucha por arrancar a la burguesía la bandera nacional, según los términos tantas veces empleados.

A la vez, la clase obrera considera la lucha por las libertades nacionales como formando parte de un todo, es decir de la lucha contra la dictadura del general Franco -desde un punto de vista que podríamos llamar táctico- y contra la dominación de la oligarquía financiera -desde un punto de vista que podríamos calificar de estratégico.

La historia reciente y el estudio de las particularidades de la evolución de la cuestión nacional muestran sobradamente que no es posible resolver esta cuestión sin resolver simultáneamente el conjunto de los problemas de la transformación democrática de España.

Esto determina el alcance de las alianzas del proletariado. Tanto en el terreno de la nacionalidad como en el del conjunto de España, las alianzas y los acuerdos -desde el punto de vista táctico- deben extenderse a todas las fuerzas que se oponen a la dictadura: desde el punto de vista estratégico, a las fuerzas antioligárquicas.

Si el proletariado tiene conciencia clara del carácter de la lucha, de sus objetivos y de las vías por las cuales ha de conducirla, habrá dado un paso decisivo para arrancar la bandera nacional de manos de la burguesía.

#### LA LUCHA IDEOLÓGICA EN TORNO A LA CUESTION NACIONAL

Con todo, no podemos pararnos aquí. Hemos de profundizar todavía más en la elaboración de la cuestión nacional, de cada una de las cuestiones nacionales. En este sentido, tanto los comunistas de Cataluña, Euskadi y Galicia como los del resto de España tenemos deberes importantes que no podemos dejar de lado, porque nos expondríamos a serias contrariedades.

En el terreno general, en España hay que realizar una gran tarea ideológica para destruir todas las secuelas de la ideología tradicional de la aristocracia terrateniente castellana y de su versión falangista sobre la cuestión nacional.

Tenemos que borrar los efectos nocivos de la falsificación de la Historia de España, falsificación que consiste en ignorar los antecedentes históricos del problema nacional, y en hacer creer que al acabar la reconquista, al realizar la unidad estatal, los Reyes Católicos pusieron fin para siempre a las diferencias nacionales y consiguieron hacer de España una nación única. Esto no es verdad: ni se puede confundir la aparición del Estado unificado con la unidad nacional. Más tarde la burguesía no supo realizar esta unidad, a causa de su impotencia, de su limitación y de sus compromisos con el feudalismo.

Cataluña, Euskadi y Galicia reúnen cada una los rasgos (más o menos desarrollados, según los casos) que concurren a la formación de una nación históricamente; una comunidad de lengua, de territorio, de economía y de psicología y cultura. Hay una historia y una cultura de estos pueblos que los españoles tenemos que aprender a amar. La ignorancia de esta historia y de esta cultura, de todo lo que conforma la personalidad nacional de estos pueblos puede consolar a los obtusos feudales y reaccionarios españoles, pero no es una actitud propia de los intelectuales y del pueblo.

Al lado de esto, debemos combatir la concepción de que el reconocimiento de la personalidad nacional de estos pueblos y de su derecho a la autodeterminación, es una posición destructiva respecto a la unidad del Estado, una actitud separatista.

Hay un Estado que debe ser transformado: el viejo Estado centralista, oligárquico, burocrático y su forma fascista actual. Pero esto interesa a todos los partidarios de un Estado moderno y democrático. Esta actitud no tiene nada de destructiva ni de sepa-

ratista.

Precisamente todos los fermentos destructivos y separatistas estaban contenidos en la política de asimilación violenta y de reacción de la autocracia monárquica y lo están en la política fascista de la dictadura del general Franco.

Sólo una transformación democrática puede eliminar estos fermentos y asentar las bases para una sólida y libre comunidad estatal de los diversos pueblos de España.

Es evidente que el esclarecimiento de estos problemas exige de los comunistas españoles una seria labor ideológica y política, necesaria también para sacar el movimiento nacional de la zona de influencia burguesa.

Por otra parte, los comunistas de Cataluña, Euzkadi y Galicia, para alcanzar dicho objetivo, no pueden reducir su actividad a una toma de posición y a una agitación política sobre la cuestión. Tampoco es suficiente que desplieguen una actividad acertada - aunque esto sea tan importante- en el campo de la lucha económico-práctica de la clase obrera y de las masas campesinas. Ante ellos se abre un amplio campo de lucha ideológica contra las concepciones nacionalistas e imperialistas de la burguesía, lucha sin la cual resultará muy difícil desplazar dicha clase del papel jugado en el movimiento nacional.

Los comunistas deben ocupar un lugar -y un lugar de vanguardia- en el movimiento nacional de sus pueblos. Este lugar se manifiesta hoy concretamente en Cataluña, en el terreno de la actividad cultural (porque la opresión no permite tomar otras formas), por un esfuerzo para reestudiar e interpretar la historia de Cataluña, revalorizar su patrimonio cultural, reanimar sus tradiciones folclóricas. En este terreno, asistimos a una toma inicial de posiciones de las diversas fuerzas, en vistas a la competición por la dirección del movimiento nacional y de la política catalana en los años venideros.

Diversos grupos se preparan para dicha competición, entre los cuales se hallan los católicos y otras fuerzas burguesas nacionalistas. ¿Por qué habrían de estar ausentes de la misma los comunistas catalanes?

El PSUC no carece de las fuerzas necesarias para intervenir en este terreno. Además las desarrollará y fortalecerá precisamente interviniendo en él.

¿No ha llegado la hora de que la intelectualidad del PSUC -entendiendo este término en su sentido más amplio y completo- empiece el estudio de la historia de Cataluña -la historia de la lucha de sus clases- desde un punto de vista marxista? ¿No ha llegado, tal vez, el momento de que los comunistas catalanes analicen el patrimonio cultural de su pueblo críticamente, valorando todos los aspectos progresistas que lo integran y combatiendo todos los que revisten un carácter reaccionario? ¿Por qué no organizar el estudio del problema nacional catalán de una manera concreta, desde un punto de vista leninista, es decir, ligado a las tareas generales de la lucha contra la dictadura, de la lucha contra la omnipotente oligarquía monopolista y las supervivencias feudales, a las tareas generales de la Revolución democrática y de la perspectiva socialista?

La organización de estas actividades nos colocaría automáticamente en el centro de la lucha ideológica en torno a la cuestión nacional, terreno que hasta ahora se halla semi-abandonado por los comunistas. Quitaríamos el monopolio ideológico a la intelectualidad burguesa y podríamos -¿por qué no?- derrotarla en lo que hasta ahora había sido presentado como su coto cerrado. Además, agruparíamos a nuestro alrededor todos los elementos avanzados y progresistas de la intelectualidad catalana, que sin esto pueden resbalar hacia el nacionalismo burgués.

Debemos llevar la lucha de clases al terreno de la ideología y así elaboraremos una ideología del movimiento nacional catalán no nacionalista, no burguesa, sino de sustancia socialista. Acabaremos con el absurdo, hoy muy generalizado en nuestro país, a veces inconscientemente, de considerar que el movimiento nacional ha de estar basado en la ideología nacionalista burguesa.

Este aspecto de la lucha de clases es un complemento importante de la acción política y económico-práctica; es precisamente la zona por donde andamos más retrasados o en la que -extremando el rigor- no andamos casi nada, dejando todo el terreno libre al adversario. (Nota de "EL PULSO": Santiago Carrillo rectificó esta apreciación en una nota posterior, de 1962, fecha en que se editó la versión catalana de este texto; hoy

debemos abundar en dicha rectificación.)

Esta tarea es necesaria si queremos tomar realmente en nuestras manos -en las manos del proletariado- la dirección del movimiento nacional. Cuanto más tardemos en abordarla, más complicaciones aparezcan posteriormente, en el curso de nuestra acción política de clase.

No debemos tener miedo a la diversidad de opiniones que puede suscitar el enfoque de materias nuevas; esta diversidad nos proporcionará la riqueza de la que podremos extraer, afinando el juicio crítico, las posiciones definitivas del Partido sobre dichas materias.

No debemos temer tampoco la inexperiencia -la ~~in~~experiencia de los cuadros veteranos, no bregados en este tipo de debates, ni la de los cuadros jóvenes que ahora empiezan a andar solos, en tanto que marxistas, cuyos primeros pasos pueden ser vacilantes. Se aprende a nadar echándose al agua y tragando alguna bocanada; incluso algunos se ahogan antes de aprender. Pero la generalidad de los que lo intentan, aprenden.

Por este camino, el PSUC formará sus cuadros teóricos capaces de defender victoriosamente las concepciones del marxismo-leninismo y de ganar, palmo a palmo, el terreno ideológico a los grupos burgueses.

Es preciso tomar con audacia la iniciativa en este frente, como la tomamos en el político y en el económico-práctico; así conseguiremos que la dirección del movimiento nacional pase firmemente a las manos robustas de la clase obrera.

#### LOS COMUNISTAS DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA FORMAMOS UN TODO UNICO, POLITICA E IDEOLOGICAMENTE

Después de esta ligera y un tanto esquemática penetración de la cuestión nacional, se impone una conclusión: la necesidad de la más estrecha unión y compenetración entre los comunistas de todos los pueblos de España que tienen que formar política e ideológicamente -sin menospreciar la libertad de iniciativa y la autonomía necesarias en el cuadro en que se desarrollan y cualesquiera que sean en cada momento las formas orgánicas de relación- un todo único.

Es verdad que a la burguesía y a sus representantes no les gusta que exista la compenetración más estrecha entre los comunistas de las diversas nacionalidades; es una vieja historia corriente en todas partes. Pero este disgusto, aunque se explique con argumentos nacionalistas, no tiene una raíz nacional, sino una raíz de clase. Esto es lo que tenemos que ver con toda claridad. La burguesía se burla alegremente de la raíz nacional y de la nacionalidad entera cuando conviene a sus intereses de clase. Ved si no la composición nacional de la oligarquía monopolista.

La burguesía deja de considerar nacional al proletariado en cuanto este adquiere conciencia revolucionaria de clase y lo trata como a cualquier enemigo exterior. O aún peor, lanzando sobre él la fuerza pública, si no es el mismo ejército, "brazo armado de la patria".

Pero el punto de vista de la burguesía no influye sobre el punto de vista del proletariado, el cual -al elaborarlo- debe basarse en su interés de clase, en la comprensión de su misión revolucionaria, en una nueva concepción revolucionaria y moderna, marxista-leninista, de la nación.

de

# UN FUTURO PARA ESPAÑA

LA EXPERIENCIA DE LA II REPUBLICA.- El centralismo a ultranza practicado por la Monarquía, fue reforzado en sus últimos años con la instauración, en 1923, de la dictadura de Primo de Rivera que hizo tabla rasa de todas las autoridades locales e incluso de los municipios. Ello tuvo como consecuencia lógica una mayor exacerbación de los sentimientos nacionales y una mayor toma de conciencia de la importancia del problema

nacional por parte de las agrupaciones políticas de la oposición.

En el Pacto de San Sebastián (donde se creó el Comité Revolucionario del que saldría más tarde el gobierno provisional de la República), los políticos que conspiraban contra la monarquía se concertaron de antemano con la intención de "resolver el problema catalán" de acuerdo con el inequívoco deseo de todas las corrientes políticas de oposición que prosperaban en Cataluña. También hubo intentos, en la reunión de San Sebastián, de que fueran reconocidos los problemas vasco y gallego, si bien no se llegó a ninguna aprobación de un plan de conjunto.

El principio de las autonomías regionales, tan escasamente desarrollado en el Pacto de San Sebastián, tuvo su primera traducción legal y al más alto nivel, en la Constitución de la República, en cuyos Artículos 11 a 22 quedó establecido el marco político para la concesión de los estatutos de regiones autónomas, quedando fijados también los poderes delegables por el Poder Central a las "regiones". Con una serie de limitaciones que, indudablemente, podrían haberse corregido con la evolución pacífica de la República, la Constitución de 1931 proporcionó un marco de soluciones realmente originales al problema nacional de España, aunque en ella fuera calificado de problema regional. La fórmula escogida no fue federalista, sino de transmisión de una serie de poderes, hasta entonces en manos del Estado, a las regiones autónomas, conforme a un pacto (Estatuto) en donde se delimitaban de manera precisa los campos de actuación del Estado español y de la región autónoma en cuestión.

Que la previsión de la Constitución de 1931 era plenamente realista lo demuestra el hecho de que, antes de estar terminada la Constitución, e incluso antes de proclamarse la República, ya habían sido promovidos en España varios proyectos de Estatutos regionales. Pruebas de la fuerza de las aspiraciones de la autonomía fueron los elevados porcentajes alcanzados en la votación de los Estatutos en las distintas regiones. En las provincias catalanas votaron a favor del Estatuto el 80 % de los inscritos en el censo electoral, y una proporción mucho más elevada aún de los votos realmente depositados. Este fue el primer Estatuto aprobado por las Cortes y el único puesto en vigor durante el período de paz de la República. La experiencia del Estatuto catalán, a pesar de las reiteradas inobservancias del mismo por parte de los gobiernos radicales-cedistas, fue claramente esperanzadora para el desenvolvimiento en la libertad de la personalidad de Cataluña.

El Estatuto Vasco, previsto inicialmente para las tres provincias vascongadas y Navarra, no fue finalmente aprobado por los representantes de esta última provincia. Limitado, pues, a dichas tres provincias, fue refrendado por el 97 % de los votos emitidos el 5 de noviembre de 1933; no obstante este masivo apoyo, los gobiernos reaccionarios del Bienio Negro boicotearon la presentación del Estatuto a las Cortes. El Estatuto vasco fue votado y puesto en vigor, en octubre de 1936, por iniciativa del Gobierno del Frente Popular, ya durante la Guerra Civil.

También Galicia llegó a votar su propio Estatuto, concretamente el 28 de junio de 1936, obteniéndose en el referendun un 76 % de votos favorables. Por la fecha de celebración del referendun, sólo unos días antes del estallido de la Guerra Civil, no es preciso aclarar que el Estatuto de Galicia no llegó a entrar en vigor.

Estos altos porcentajes de votos favorables en los referenduns de los Estatutos ilus-

tran sobre lo ampliamente generalizado que en una gran parte de España se encontraba sentimiento de descentralización democrática del Poder, mediante autonomías regionales que permitiesen la libre expresión de la pluralidad de culturas, formas de vida, maneras de ser, etc., dentro de la unidad española.

-LA POLÍTICA DEL ACTUAL RÉGIMEN ANTE EL PROBLEMA NACIONAL.- Los Estatutos de Euzkadi y de Cataluña fueron abolidos por el nuevo régimen conforme fue ocupando ambas regiones. En el País Vasco primero y en Cataluña después, se instauró el régimen local uniforme que ya padecía el resto de España. En el primer caso, la supresión del Estatuto de Euzkadi fue acompañada de la abolición del llamado concierto económico (sustitutivo de los antiguos fueros vascos); por lo que respecta a las provincias de Vizcaya y de Guipuzcoa, convertidas en provincias de derecho fiscal común.

La supresión de las autonomías regionales no fue sino un aspecto de la política centralista a ultranza seguida por el nuevo régimen. Las Diputaciones Provinciales de todo el país quedaron convertidas en simples órganos teóricos para administrar o conservar determinados monumentos, hospitales anticuados y caminos vecinales en una situación casi siempre desastrosa. Por su parte, los Municipios se transformaron en simples dependencias, geográficamente diseminadas, del Poder central, con el nombramiento de los alcaldes directamente por el Ministerio de Gobernación o por el Jefe del Estado a propuesta del ministro. España volvía a convertirse, de esta forma, en el Estado más centralista de Europa. Ello a pesar de que tiene en su seno naciones de acusada personalidad, especialmente en el plano lingüístico, cultural e histórico.

En la inmediata posguerra, en el terreno cultural, las lenguas españolas distintas del castellano fueron despiadadamente perseguidas y quedaron enteramente excluidas de la enseñanza, la prensa, la edición y la audición de ámbito público, siendo suprimidos incluso los juegos florales. Sólomente hacia los años 50, debido a la presión popular, empezaron a autorizarse algunas manifestaciones culturales que ulteriormente han alcanzado una cierta importancia, especialmente en Cataluña; aunque en el caso de las ediciones, esa expansión se ha visto frenada por el mantenimiento de una fuerte censura. Persiste, además, el cierre absoluto de otros campos de la información de masas, como son la prensa diaria y semanal y los medios audiovisuales. Por otra parte, cualquier intento pretendidamente liberalizador del régimen en este sentido tiene su crítica definitiva en el mantenimiento de una política completamente represiva en el campo de la educación.

De este modo, la instauración en 1939 de la dictadura franquista, al liquidar los derechos que la República concedió a Cataluña y a Euzkadi, al impedir que estos derechos cristalizaran en Galicia y al ejercer contra dichas nacionalidades una política represiva, no sólo retrotrajo el problema nacional a las décadas de 1920-1930, sino que lo agravó aún más con su opresión centralista.

En virtud de estos factores, el problema nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia es hoy -como ya queda dicho- uno de los elementos de primera importancia en la compleja realidad de nuestro país y cualesquiera soluciones de tipo político, económico y cultural requieren tenerlo en cuenta.

Partiendo de estas realidades es como se hace necesario un planteamiento que, por el proceso ya descrito, vivido en las últimas tres décadas, presenta nuevas exigencias.

-UN PLANTEAMIENTO DE POSIBLES SOLUCIONES PARA EL PROBLEMA NACIONAL.- La vía de la solución del problema nacional en España está vinculada estrechamente, como lo confirma ya la propia experiencia histórica, a la instauración de la democracia y a su desarrollo. Esta es una premisa que no cabe en modo alguno olvidar.

La otra premisa es que no se puede plantear, ni intentar resolver el problema nacional en términos regresivos, de simple vuelta al pasado. El desarrollo histórico social exige planteamientos y soluciones acordes con las presentes realidades, que se pueden concretar en los puntos siguientes:

a) Que tan pronto España disfrute de libertades democráticas se restablezcan los Estatutos de autonomía de Cataluña y Euzkadi, extendiéndose a Galicia el derecho a su Estatuto correspondiente. Ello entraña, en principio, el autogobierno nacional, en los marcos establecidos en dichos Estatutos y la democracia como forma de gobierno del Estado. En



realidad, no pueden considerarse restablecidas plenamente en España las libertades democráticas, en tanto no se concedan a Cataluña, Euzkadi y Galicia dichos Estatutos y la forma de autogobierno mencionada.

b) La concesión de autonomía a los pueblos catalán, vasco y gallego, en la forma estatutaria mencionada (u otra similar) contribuirá a estrechar la solidaridad y la unidad española dentro de la ~~prá~~ pluralidad de los pueblos que constituyen el Estado español.

a) En el plano de lo concreto, esa solidaridad y esa pluralidad se alcanzarán dentro de los marcos de la futura constitución, en la que se delimitarán los poderes respectivos del Estado español y de los órganos de Cataluña, Euzkadi y Galicia.

Esta delimitación se hará asignando a la incumbencia del Estado (de modo parecido a lo que ocurrió en el periodo republicano) una serie de materias, como relaciones exteriores, defensa, comercio exterior, comunicaciones, hacienda general del Estado, relaciones entre las iglesias y el Estado. Mientras que otras materias caerán en la medida en que así se acuerde, en la esfera de acción de las nacionalidades y los poderes en ella establecidos.

d) Otra fase necesaria en la solución del problema nacional es que el Estado español debería proclamar en su nueva constitución que España es un Estado multinacional, y considerarse como tal a todos los efectos. Deberá conceder a Cataluña, Euzkadi y Galicia el derecho a la autodeterminación, lo que garantizará la unidad más estrecha y fraternal de los distintos núcleos nacionales en la gran familia española.

Más si la democracia es necesaria para la recuperación inicial de la ~~autonomía~~ de Cataluña y Euzkadi y Galicia, los sucesivos logros acabados de mencionar sólo serán posibles si el progreso de las relaciones nacionalidades-Estado central se apoya en la existencia de una verdadera democracia política que, para serlo, ha de tener su equivalencia en las esferas de lo económico y de lo social. Igual puede afirmarse en cuanto a las necesarias formas de autonomía de gestión de las provincias y de ciertas regiones.

Políticamente el autogobierno liberará y dará cauce a toda una serie de iniciativas surgidas en los distintos puntos de la península en que están situadas dichas nacionalidades (así como en el caso, aunque diferente, de otras regiones), iniciativas que hoy no encuentran salida ni resultan fecundas por la barrera que impone el centralismo.

"UN FUTURO PARA ESPAÑA: LA DEMOCRACIA ECONOMICA Y POLITICA" (Editions de la Librairie du Globe, Colección Ebro, 1.970) es la obra colectiva de un grupo de militantes, ~~masistas~~, profesores, sociólogos, economistas, médicos, juristas, agrónomos, ingenieros y psicólogos, de significación comunista, socialista, católica y progresista que viven y trabajan en diversos puntos de España, e incluso en el exilio.